

## ACTITUD DE SERVICIO AMORIS LAETITIA. Cap. IV. (93-94)

Pedro Manuel López Romero

Continuando el comentario al capítulo cuatro de Amoris Laetitia podíamos resumir lo dicho hasta ahora aseverando: El amor es paciente, no solo soportando las contrariedades de la vida que nos proporcionan las personas que nos rodean, sino, además, conteniendo la ira y buscando la oportunidad de usar de misericordia; mostrábamos cómo eso era lo que Dios había hecho con el pueblo elegido y después con los miembros de la Iglesia, con todos nosotros.

Hoy vamos a ver los números 93 y 94 de la Exhortación Apostólica, correspondiente a la expresión de la carta a los Corintios 13 “el amor es servicial” y que se expresan en la exhortación como “*Actitud de servicio*”. Lo primero que nos encontramos es que, de la actitud de quietud, como de espera, de aguardar el momento de ser misericordioso de la expresión anterior, “el amor es paciente”, aquí vamos a pasar a la acción. Escuchemos cómo explica el Papa el significado de “*Actitud de servicio*”.

Dice en el inicio del número 93: “*Sigue la palabra ‘jrestéuetai’, que es única en toda la Biblia, derivada de ‘jrestós’ (persona buena, que muestra su bondad en sus obras). Pero, por el lugar en que está, en estricto paralelismo con el verbo precedente, es un complemento suyo*”. Si conjugamos ambas palabras en el sentido que les da la exhortación, estamos hablando de un amor que no solo soporta siendo paciente, sino que está presto a actuar con bondad. No solo está perseverando en la espera, sino que está en vigilancia para ver en qué puede hacer el bien.

En efecto, si continuamos la lectura del apartado 93 nos dice: “*Así, Pablo quiere aclarar que la «paciencia» nombrada en primer lugar no es una postura totalmente pasiva, sino que está acompañada por una actividad, por una reacción dinámica y creativa ante los demás. Indica que el amor beneficia y promueve a los demás. Por eso se traduce como «servicial»*”. Ciertamente está la exhortación tocando un punto crucial para entender este amor de que nos habla el Papa y que supone una desinstalación para todos nosotros, porque la reacción dinámica no está solo en el momento de actuar, es considerar cada momento con oportunidad de amor, como el Kairós, el momento propicio de encuentro con Dios que pasa.-

Porque habrá un momento en el que “dirá el Rey a los de su derecha: ‘Venid, benditos de mi Padre, recibid la herencia del Reino preparado para vosotros desde la creación del mundo. Porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; era forastero, y me acogisteis; estaba desnudo, y me vestisteis; enfermo, y me visitasteis; en la cárcel, y vinisteis a verme.’ Entonces los justos le responderán: ‘Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, y te dimos de comer; o sediento, y te dimos de beber? ¿Cuándo te vimos forastero, y te acogimos; o desnudo, y te vestimos?. ¿Cuándo te vimos enfermo o en la cárcel, y fuimos a verte?’. Y el Rey les dirá: ‘En verdad os digo que cuanto hicisteis a unos de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis’.” (Mt 25,34-40)

Si esto lo aplicamos al matrimonio, el Rey te va a preguntar acerca de cuándo amaste a tu cónyuge y si la amaste de tal modo que esperaste para servirla cuando tenía sed, cuando tenía hambre, porque estaba esperando que la miraras, que te doliera cuando a ella le dolía, que apreciaras la comida que te había hecho, el detalle que ha tenido con ese plato concreto que te gusta, espera también que la invites a salir, al cine, a pasear, que le hables de tu trabajo, de lo que te preocupa; que le demuestres que te importa y ello sin preguntarle, porque te lo dice el amor. Este amor vigilante detecta las necesidades del otro. También cuando el otro, tu cónyuge, ha realizado actos no de tu agrado, cuando molesta con sus manías o hábitos, cuando incluso merece reprensión, por actos realmente equivocados, nacidos del sufrimiento. Pues cuando no lo has hecho, cuando no te has dado cuenta, cuando te mirabas a ti solamente, lo siento, te lo perdiste, porque en el otro que sufre, cuando es pequeño, está Cristo, está Dios. Por eso, Dios quiere que amemos al otro, porque es lo que necesitamos para encontrarnos con Él.

La pastoral es el modo de llevar a los hombres a Dios y esto es lo que hace la Iglesia, porque es lo que el hombre necesita para ser feliz, encontrarse con Dios, tener certeza en su corazón de que Dios existe, como dice San Pablo, (Rm 8,16s) “El Espíritu mismo se une a nuestro espíritu para dar testimonio de que somos hijos de Dios. Y, si hijos, también herederos: herederos de Dios y coherederos de Cristo, ya que sufrimos con él, para ser también con él glorificados”.

Dios ha dicho que cuando haces algo a un pequeño, a uno que no es de los primeros socialmente, a mí me lo haces. ¿Por qué es esto así? Porque ahí se produce la acción de Dios, que es el amor al enemigo, eso que ni tu ni yo podemos hacer, se realiza por la gracia de Dios. Pues mira que cosa tan grande decimos: Cuando amas a tu cónyuge, siendo él distinto a ti, estás haciendo lo que no nace de tu naturaleza y lo haces porque Dios te da su gracia y podemos decir con San Pablo: (Rm 8,9-11): “El que no tiene el Espíritu de Cristo, no le pertenece; pero si Cristo está en vosotros, aunque el cuerpo haya muerto ya a causa del pecado, el espíritu es vida a causa de la justicia. Y si el Espíritu de Aquel que resucitó a Jesús de entre los muertos habita en vosotros, Aquel que resucitó a Cristo de entre los muertos dará también la vida a vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que habita en vosotros”.

Recapitulemos: este amor es para vivirlo en tu matrimonio amando a Cristo en tu cónyuge, para lo que el espíritu de Cristo Jesús te da la vida, la gracia, la fuerza, el poder de hacer el bien. Por algo dice nuestro refranero: “Haz el bien y no mires a quien”. Esto es también lo querido en la exhortación que comentamos, porque en el punto siguiente, el 94 nos dice: *“En todo el texto se ve que Pablo quiere insistir en que el amor no es sólo un sentimiento, sino que se debe entender en el sentido que tiene el verbo «amar» en hebreo: es «hacer el bien»*”. y para ratificar esto recuerda el papa los Ejercicios Espirituales de San Ignacio en su nombre 230, que nosotros vamos a extender al siguiente, el 231. Son del siguiente tenor: “Conviene advertir en dos cosas: La primera es que el amor se debe poner más en las obras que en las palabras. La segunda, el amor consiste en comunicación de las dos partes, es a saber, en dar y comunicar el amante al amado lo que tiene o de lo que tiene o puede, y así, por el contrario, el amado al amante; de manera que si el uno tiene ciencia, dar al que no la tiene, si honores, si riquezas, y así el otro al otro”.

El amor nunca está a la espera de que el otro dé el primer paso, porque el amor o está actuando o está, con paciencia, buscando el momento de hacerlo y este actuar no es otro que el del amor y el amor al otro es esencialmente el amor al enemigo y este amor salva, porque este amor, es el amor que Dios nos ha tenido cuando éramos pecadores y nos ha salvado, nos ha abierto el cielo. Gracias al Amor que estamos salvados y amando salvamos a otros.

Y esto en el matrimonio es una realidad más patente, como nos dice San Pablo en la I carta a los Corintios, 7,14: “Pues el marido no creyente queda santificado por su mujer, y la mujer no creyente queda santificada por el marido creyente. De otro modo, vuestros hijos serían impuros, mas ahora son santos”. Dice San Pablo que en un matrimonio donde hay un marido no creyente, que no es cristiano o no vive como cristiano, queda santificado, esto es, salvado, santo, por su esposa creyente y viceversa: la esposa no creyente por el marido creyente. Pensemos un momento en aquellos cónyuges en que uno es creyente y obra y vive como tal y el otro no; nos está diciendo San Pablo, por tu amor cristiano estás haciendo Santo a tu cónyuge, porque estás amando con el mismo amor de Cristo, es más, es Cristo quien está amando por ti; Dios se está sirviendo de ti para santificar al otro. Como dice San Pablo en la carta a los Colosenses 1,24: “Ahora me alegro por los padecimientos que soporto por vosotros, y completo en mi carne lo que falta a las tribulaciones de Cristo, en favor de su Cuerpo, que es la Iglesia”.

Este es el amor de que nos habla San Pablo en el capítulo 13 de la primera de Corintios y es el amor que existe en los cristianos que han entrado en el Bautismo y han dado muerte a las obras de la carne, para nacer al hombre nuevo en el espíritu, según nos dice el mismo San Pablo. Por eso la exhortación termina el apartado 94 que comentamos diciendo: *“Así puede mostrar toda su fecundidad, y nos permite experimentar la felicidad de dar, la nobleza y la grandeza de donarse sobreabundantemente, sin medir, sin reclamar pagos, por el solo gusto de dar y de servir”*.

Contienen estas palabras algo impresionante y que es preciso escuchar desde los oídos de la fe, porque desde los parámetros humanos y menos desde la mundanidad que refiere el Papa en muchas ocasiones, es imposible entenderlo, es más, es un disparate soberano, aunque desde la fe se percibe otro horizonte. Y esto es así, porque desde la mundanidad solo se ve el techo, solo se ve que naces, que ríes en algunos momentos, otros sufres, pero mueres y todo se terminó, el cielo es solo el que atraviesan los cohetes interplanetarios, pero la Vida Eterna no existe porque no la toco. Pero desde la fe la Vida Eterna sí se ve; y se ve precisamente, cuando quien hay a tu lado no hace nada para ganarse tu amor sino para ser digno de rechazo. Tú lo amas y experimentas lo que dice el Papa, FELICIDAD EN DAR.

Esto suscita una pregunta necesariamente: ¿Cómo puede ser esto? Y la respuesta no es otra que porque ese cónyuge se ha unido a Jesucristo y Jesús de Nazaret fue muerto y muerto en la cruz y ese cónyuge que ama así está completando en su cuerpo lo que le falta a la pasión de Cristo. Pero ¿sabes cuál fue el final de la pasión de Cristo? La Resurrección. Pues ese cónyuge al día siguiente de los improperios del otro, le vuelve a amar, porque el día anterior no experimentó la

muerte, sino, como Cristo, la Resurrección, esto es, la Vida Eterna y si tiene Vida Eterna, amar al malvado, al enemigo, no lo mata porque su vida es eterna, es una vida sin muerte.

Este amor ha vencido la muerte para siempre. Es como si te encuentras en la puerta de una gruta, en cuyo interior divisas un gran tesoro, pero en la puerta hay una serpiente venenosa de gran tamaño, que te muestra la muerte si tratas de penetrar. El cristiano sabe que a la serpiente le han quitado el veneno, su picadura es inofensiva, puede coger el tesoro. Los sufrimientos de la cruz de tu cónyuge cualquier cruz de la vida, no son de muerte, porque tras ellos no existe la muerte sino la Resurrección.